

## LIBRO NONO.

---

### I.

Miéntras *Fortuna* en el etrusco sueto  
En tal manera los sucesos guía,  
Hácia el osado *Turno* desde el cielo  
*Juno*, hija de *Saturno*, á *Íris* envía.  
En el bosque de un valle que el abuelo  
*Pilumno* consagró, *Turno* yacia,  
Y así empiézale á hablar puesta delante,  
Con róseos labios la hija de *Taumante*:

### II.

«Lo que deidad ninguna, por corona  
A humano ruego, prometer osara,  
Por sus pasos el tiempo te ocasiona,  
*Turno*, y ansa de triunfos te depara:  
Sus proyectados muros abandona,  
Y flota y compañeros desampara  
*Enéas*, y de *Eyandro* palantino  
Al poder y amistad tienta camino.

### III.

»Y áun más: en las etruscas poblaciones  
*Penetra*, incita la nacion tirrena,  
*Levas* hace de rústicos peones.  
Corta demoras tú: sazón es buena  
Para armar carros, para uncir trotones;  
¡Vé, y su campo turbado desordena!»  
Dice, y huyendo con parejas alas,  
Entre nubes de su arco abre las galas.

### IV.

Conocióla el mancebo, tiende iguales  
Las manos á la vírgen, y en su vuelo  
Léjos la sigue con palabras tales:  
«*Íris*, nuncia gentil, joya del cielo!  
¿Quién así de los cercos siderales  
Envuelta en nubes te redujo al suelo?  
¿Qué imprevista estacion? ¿qué cambio es éste?  
Aléjase la bóveda celeste,

### V.

»Y en el éter erráticas estrellas  
Contemplo. Ya el belisono mandato  
Que con agüero de esplendores sellas,  
Quienquier tú fueres, obediente acato.»  
Dice, á las aguas se encamina, y de ellas  
Toma en las palmas, y á los Dioses grato  
Sus nombres invocando muchas veces,  
Hinche la esfera de devotas preces.

## VI.

Ya las armadas tropas á porfía  
 Marchando en los abiertos campos veo,  
 Ufanas con veloz caballería  
 Y ricas de oro y de vistoso arreo:  
 Mesapo las primeras haces guía;  
 Las últimas, los hijos de Tirreo:  
 En medio alto adalid Turno campea,  
 Y á todos corpulento señorea.

## VII.

Así el Ganges en plácida creciente  
 En siete brazos silencioso fluye;  
 Y el Nilo, cuando á su álveo la corriente,  
 Con que inunda los campos, restituye,  
 Así avanza también calmosamente.  
 Ya la nube de polvo que circuye  
 Al ejército, han visto los Troyanos  
 Negra formarse en los tendidos llanos.

## VIII.

Y de fronterc alcor así el primero  
 Gritó Caico: «¿Á quién horror y grima  
 No pondrá, ciudadanos, ese fiero  
 Tenebroso turbion que se aproxima?  
 ¡Sús! ¡dardos hay aquí! ¡venga el acero!  
 ¡Y á los muros trepemos, que está encima  
 El enemigo!» Y con clamor ingente  
 Cierra las puertas la troyana gente.

## IX.

Que Enéas, sabio capitán, el día  
 Que partió, de apariencias lisonjeras  
 No fiarse jamás mandado había,  
 Ni salidas hacer: que las trincheras  
 Guardasen, dijo, con tenaz porfía.  
 Sus puestos á ocupar corren ligeras  
 Las armadas legiones; y es en vano  
 Que ira en contra y pudor se den la mano;

## X.

En vano, que encendida en ellos arda  
 La muchedumbre por lanzarse: cuida  
 De obedecer primero, y densa aguarda  
 Y firme en huecas torres la avenida.  
 Turno, en tanto, á su hueste en pasos tarda,  
 Adelántase audaz, suelta la brida,  
 Con veinte caballeros de alta cuenta,  
 E improviso ante el muro se presenta.

## XI.

Sobre un corcel de Tracia lozana  
 Que blancas manchas luce; cresta roja  
 Sobre el dorado morrión ondea.  
 «¿Quién de vosotros, á mi ejemplo, enoja  
 Con fiero reto á los contrarios? ¡Ea!»  
 Dice, y blandiendo un dardo, alto le arroja,  
 Nuncio marcial, y el potro que sofrena  
 Con garbosa altivez lanza á la arena.

## XII.

Síguenle en clamoroso movimiento...  
 Mas ¿quién de ellos pensara lo que mira?  
 El Troyano, en inerte encogimiento,  
 No igual lid á empeñar armado aspira,  
 A cobijar su campo sólo atento.  
 Los muros registrando Turno gira  
 Furioso en su corcel, y abrir espera,  
 Por donde entradas no hay, de entrar manera.

## XIII.

Cual, llena, asedia un lobo á una majada  
 En alta noche; y vientos y aguaceros  
 Arrostra, y por la cerca tienta entrada;  
 Balan bajo las madres los corderos;  
 El ruje, y ya en su presa, aún no tocada,  
 Ceba sus apetitos carniceros;  
 Que el hambre acumulada le atormenta  
 Y arde, áridas sus fauces, sed sangrienta:

## XIV.

El Rútulo adalid, de igual manera,  
 Mirando los reales y los muros  
 En ímpetu fogoso se exaspera,  
 Derrítele el dolor los huesos duros:  
 Penetrara en la plaza si pudiese;  
 Y piensa cómo á los que ve seguros  
 Encerrados Troyanos, fuéramos llame  
 Y á igual lid en los campos los derrame.

## XV.

Con surtas popas la troyana armada  
 En la orilla contigua á los reales,  
 Yacia de trincheras resguardada,  
 Con foso, en derredor, de aguas fluviales.  
 Abalánzase Turno á la estacada:  
 A los suyos, que llegan con triunfales  
 Aplausos, al incendio alienta, excita;  
 El mismo un inflamado pino agita.

## XVI.

De Turno en pos la juventud se arroja,  
 Que del jefe el ejemplo la espolea;  
 Los hogares intrépida despoja,  
 Y ármase cada cual de negra tea:  
 Con densas nubes sobre llama roja  
 Ya aquel, ya este tizon arde y humea;  
 Y al cielo remontándose Vulcano  
 Las pavesas esparce al aire vano.

## XVII.

¡Musa! ¿cuál Dios de la troyana flota  
 Apartó, dí, la vencedora llama?  
 La evidencia del hecho está remota,  
 Mas tradicion eterna lo proclama.  
 Cuando leños del Ida á mar ignota  
 Enéas iba á confiar, es fama  
 Que al poderoso Júpiter, su hijo,  
 La alma Diosa Cibéles así dijo:

## XVIII.

«Sé propicio á mi ruego y mi querella,  
Ya que el cetro me debes con la vida:  
Tuve yo una floresta que descuella  
Entre pinares, coronando el Ida;  
Muchas ofrendas recibí yo en ella,  
Largos años por mí favorecida:  
Huecos sagrarios, con la sombra oscuros  
De pinos resinosos y arces duros.

## XIX.

»Yo he cedido estos árboles de grado  
Al dardanio mancebo, de bajeles  
Menesteroso. Hoy roedor cuidado  
Me aflige: tú le ahuyenta; tú á Cibéles—  
Filiál premio á sus preces reservado—  
Da que sus tablas nunca hundan crueles  
Viento ni mar, señuelos ni embestidas;  
¡Válgales en mis montes ser nacidas!»

## XX.

«¿Qué pretendes,» responde, «madre mía!»  
El que mueve los cercos siderales:  
«¿Á naves, obra de un mortal, cabría  
El fuero de las cosas inmortales?  
¿Andar seguro por incierta vía  
El troyano adalid? ¿Caprichos tales  
Habían de alterar leyes del Hado?  
¿Tal poder á cuál Dios jamás fué dado?»

## XXI.

»Concedo, empero, por calmar tus penas,  
Que al fin—cuando por líquidos caminos  
Hayan á las itálicas arenas  
Llegado, y en los campos laurentinos  
Puesto á su capitan, de mal ajenas—  
Su sér mortal las naves de tus pinos  
Pierdan, y cada cual se trueque en Dea,  
Cual Doto de Nereo ó Galatea,

## XXII.

»Y esotras que, del mar húmedas Diosas,  
Cortan con pecho de marfil liviano  
Del piélagos las capas espumosas.»  
Por las riberas del Estigio hermano  
Con torrentes de pez vortiginosas  
Juró lo dicho el Númen soberano;  
La frente inclina, y del Olimpo dueño,  
El Olimpo estremece con su ceño.

## XXIII.

Cumplido el plazo por las Parcas fuera,  
Llegaba, en fin, el prometido día:  
De la flota á apartar la llama fiera  
Turno á la Diosa en su feroz porfía  
Constríñe. En esto iluminó la esfera  
Nueva luz; nube inmensa Oriente envía,  
Cruzar la ven el ámbito sereno  
Y que coros del Ida hinchén su seno.

## XXIV.

Y una voz resonó tremenda y clara  
Que á Rútulos envuelve y á Troyanos:  
«¡Teucros! á defender mi flota cara  
Alados no acudáis ni armeis las manos;  
Cual si los mares á incendiar probara,  
Saldrán de Turno los intentos vanos.  
¡Huid, diosas del mar! ¡Cada una horra—  
Vuestra madre os lo manda—el ponto corra!»

## XXV.

Y suéltase cada una en tal momento  
Del cable que la tuvo prisionera;  
Y de proa zabullen, y el asiento  
Solicitan del piélagos, á manera  
De nadantes delfines; y ¡oh portentol  
¡Oh pasmo! cuantas vido la ribera  
De bronce en su recinto ancladas proras,  
Tantas vírgenes surgen bullidoras.

## XXVI.

Los Rútulos temblaron: del espanto  
Mesapo mismo poseer se deja  
Que á sus caballos alborota; en tanto  
Que, formando sus ondas ronca queja,  
No á impelerlas se anima el Tibre santo,  
Medroso, y de la mar la planta aleja.  
Mas del audace Turno nada alcanza  
A abatir la soberbia confianza.

## XXVII.

Ántes enciende, y entusiasmo inspira  
Con su elocuencia: «Este prodigio,» exclama,  
«A los Troyanos solamente mira  
Infausto. Si es que Júpiter los ama,  
Hoy su auxilio á las claras les retira;  
Ya sobra nuestro acero y nuestra llama,  
¿En el mar qué les queda ni en la tierra?  
Sendas de salvacion el mar les cierra:

## XXVIII.

»Nada esperan allá, y en nuestras manos  
Acá la tierra ven; que mil legiones  
Itálicas la cubren. Hoy, hoy vanos  
Esos presagios son y predicciones  
Que orgullosos ostentan los Troyanos;  
¡Qué! ¿de Ausonia en las fértiles regiones  
Ya no surgieron? Con lo cual sobrado  
A Vénus dióse y á la ley del Hado.

## XXIX.

»Yo tambien tengo mi inmutable síno:  
A una gente de esposas robadora  
Destruir por la espalda es mi destino!  
De los Atridas el dolor, yo ahora  
Lo pruebo: ni á Micéas sola avino  
Ser de justa venganza ejecutora!...  
¿Qué capital castigo una vez basta?...  
¿Mas si la ruina la maldad no gasta?

## XXX.

»¡Esos golpes mortales de la Suerte  
Lección han sido que enseñar podía  
Contra toda mujer odios de muerte!  
¡Demente obstinación! Ved cómo fia  
En valla y foso, contra golpe fuerte  
Breve retardo, la nación que un día,  
Aunque obra de Neptuno mal seguros  
Vió en llamas perecer sus altos muros!

## XXXI.

»¿Quién ahora, elegidos compañeros,  
De vosotros, vendrá á meter conmigo  
El hacha en esos frágiles maderos?  
¿Quién á invadir ese tremante abrigo?  
No; ni armas de Vulcano, ni guerreros  
Buques mil, contra mísero enemigo  
He menester; y porque más se aneguen,  
Que todos los Etruscos se les lleguen!

## XXXII.

»Ni teman de nosotros, cual del Griego  
Que robó el Paladion, cobarde, oscuro,  
Cruel asalto, ni que al vientre ciego  
De un caballo trepemos; no: les juro  
Que en pleno sol y cara á cara, el fuego  
En torno llevaremos de su muro;  
¡Y así, que con los Dánaos no pelean  
Que Héctor diez años entretuvo, vean!

## XXXIII.

»Mas la parte mejor pasó del día;  
Y porque bien habeis entrado, el resto  
Justo es dar al descanso y la alegría,  
Y esperad nueva lid con nuevo arresto.»  
Así habló Turno; y á Mesapo fia  
El dar, enfrente á las salidas, puesto  
A vigilantes tropas delanteras,  
Y las murallas rodear de hogueras.

## XXXIV.

Toca á catorce jefes escogidos  
El cerco de la plaza; cien soldados  
Atentos á cada uno dan oídos:  
Y ya con roja pluma empenachados  
Rondan, en oro espléndido ceñidos:  
Remúdanse: en la hierba recostados  
Encomiéndanse á Baco, y se solaza  
Vaciando cada cual su henchida taza.

## XXXV.

Hacen guardia, al fulgor de las hogueras,  
Y jugando entretienen el desvelo.  
Desde lo alto, á la vez, de sus trincheras  
Mirando están el ocupado suelo  
Los Troyanos; y puertas y barreras  
Requieren, no sin tímido recelo;  
Y las torres con puentes relacionan,  
Y las ceñidas armas no abandonan.

## XXXVI.

Mnesteo y el intrépido Seresto  
Dirigen la defensa. Para cuando  
Sobreviniese temporal funesto,  
Enéas, al partir, á ambos el mando  
Encomendó de aquella gente. Puesto  
Cada cual, los peligros sorteando,  
Con solícito afán á ocupar vuela,  
Y hacen todos por turno centinela.

## XXXVII.

Niso una puerta á la sazón guardaba,  
Niso, el hijo de Hirtaco, guerrero  
Terrible, á quien el Ida, cuna brava,  
Selvática mansion, por compañero  
A Enéas envió, con llena aljaba  
Y firme dardo cazador ligero:  
Euríalo con él, gallardo mozo  
A quien apenas apuntaba el bozo.

## XXXVIII.

Más que Euríalo hermoso, armas troyanas  
Mancebo no vistió; verle enamora:  
Fueron en paz y en guerra almas hermanas  
Los dos; comun deber los junta ahora.  
«¡Euríalo! ¿algún Dios á las humanas  
Mentes dará este afán que me devora?»  
Niso dice: «¿ó su propio terco anhelo  
Cada uno juzgará ser voz del Cielo?»

## XXXIX.

»A la lid, ó á algo grande, arduo, me instiga  
Implacable hace rato el pensamiento.  
¿Cuál confianza el Rútulo no abriga?  
¿Ves? rara luz alumbra el campamento:  
Los vence el vino, y ya el sopor los liga;  
Ningun rumor se siente ó movimiento  
En la vasta extension. Mi interna lucha  
Contempla ahora, y lo que pienso escucha:

## XL.

»Quieren todos, el Pueblo y el Senado,  
Llamar á Enéas, y enviarle quienes  
Hagan fiel relacion de nuestro estado.  
Si me prometen lo que pida, y vienes  
Tú en llevarlo (yo quedo asaz pagado  
Si glorioso suceso honra mis sienes),  
Iré; que al pié de aquel collado, creo,  
Hay senda cierta al monte Palanteo.»

## XLI.

Quedó atónito Euríalo con esta  
Revelacion; y ya con sed de fama  
El ánimo encendido, así contesta  
Al noble amigo que en su ardor le inflama:  
«Niso, tu ingenio á conquistar se arresta  
Tanta gloria, ¿y contigo al que te ama  
No has de llevar? ¿Y yo sin compañía  
Tanto riesgo arrostrar te dejaria?»

## XLII.

»¡No! á más nobles acciones fuí criado  
 Cuando, naciendo entre el marcial rüido  
 Y las desgracias de mi Patria, alzado  
 Me hubo en brazos Oféltes, aguerrido  
 Varon, mi padre; y luégo acá, á tu lado,  
 A más altos objetos he venido,  
 Miéntas siga por áspero sendero  
 Al buen Rey mio hasta el confín postrero.

## XLIII.

»Hay aquí un alma que la vida en nada  
 Aprecia ante la gloria. Con mi vida  
 Yo tu gloria daré por bien comprada.»  
 Niso á esto replicó: «Jamás temida  
 Fué por mí en pecho heroico accion menguada;  
 ¡No! así Jove, así el Dios que en mí partida  
 Haya de ser de mi intencion testigo,  
 A los brazos me vuelva del amigo!

## XLIV.

»Mas atiende: si ya fortuna loca,  
 Desdichada ocasion, deidad esquiva  
 (Que á casos tantos mi ambicion se aboca,  
 Cual ves), en este lance me derriba;  
 De ambos, á tí sobrevivir te toca,  
 Que no á mí, por tus años: sobreviva  
 Quien mi cuerpo, del campo del combate  
 Traido, ó recobrado por rescate,

## XLV.

»Mande á la tierra;—ú honras, y, vacía,  
 Me dedique una tumba, si es que fiera  
 Niega aquello la suerte... ¿Y yo sería  
 Quien, causando fracaso igual, hiriera  
 El tierno pecho de una madre pia  
 Que, excepcion entre ancianas, va doquiera  
 Siguiéndote, garzon, en nuestras huestes,  
 Y el regio hospicio despreció de Acéstes?»

## XLVI.

«Vanas razones en tejer porfías,»  
 Interrumpe el intrépido mancebo:  
 «Abreviemos el paso; no en mis días  
 Me apartarás de la intencion que llevo.»  
 Y diciendo, despierta á los vigías,  
 Que por órden acuden al relevo.  
 Sigue Euríalo á Niso; á andar empiezan,  
 Y al príncipe los pasos enderezan.

## XLVII.

Por los campos los otros animales  
 Ya anegaban en sueño sus cuidados  
 Y la ingrata memoria de sus males.  
 Trataban á ese tiempo, congregados,  
 De la ardua situacion los principales  
 Caudillos y la flor de los soldados:  
 ¿Qué haremos, dicen, en angustia tanta?  
 ¿Quién hácia Enéas moverá la planta?



## XLVIII.

En pié están, en mitad del campamento,  
Apoyado cada uno en luenga lanza,  
Puesto al brazo el escudo. En tal momento  
Llegaron, y agitados de esperanza,  
Los dos piden audiencia: un pensamiento  
Anuncian, que con creces la tardanza  
Resarcirá que causen. Acogida  
Les da Ascanio, y á Niso á hablar convida.

## XLIX.

El cual les dice: «Sin injusto ceño,  
Nobles jefes, oid nuestras razones;  
Ni por la edad juzgueis de nuestro empeño.  
Yacen los enemigos escuadrones  
Entorpecidos del licor y el sueño:  
Campo á nuestras astutas intenciones  
Propicio allí se ofrece, do la puerta  
Que mira al mar, dos sendas abre incierta.

## L.

»Negro vapor al cielo enviando, humea  
Á largos trechos moribundo fuego.  
Si permitiéreis que ensayado sea  
Por nuestras manos de fortuna el juego,  
Y á la ciudad vayamos Palantea  
A buscar nuestro jefe, luégo, luégo  
Terrible con la sangre y los despojos  
Le gozarán presente vuestros ojos.

## LI.

»Y no temais que entre el silencio mudo  
Andando de la noche, un extravío  
Avenga: en estos sitios á menudo  
Hemos cazado, y desde valle umbrío  
Descubrir la ciudad la vista pudo,  
Y explorado tenemos todo el río.»  
Calló Niso; y Alétes, noble viejo,  
Sabio varon de magistral consejo,

## LII.

«Númenes, cuyo brazo patrocina  
A Troya!» exclama: «á fe que á los Troyanos  
No preparais una total rüina  
Cuando así en años suscitais tempranos  
Ímpetus tales de virtud divina!»  
Y á ambos ciñe los hombros, y las manos  
Estréchales, y en llanto de alegría  
El rostro humedeciendo, proseguia:

## LIII.

«Premios á vuestros méritos iguales,  
Mancebos, ¿dó hallaré que os galardonen?  
Lo primero, los Dioses inmortales  
Y las propias conciencias os coronen!  
Apreciadores de servicios tales,  
Segunda recompensa á fe que os donen,  
Enéas hoy, y cuando llegue el día  
Ascanio, que olvidaros mal podria.»

## LIV.

«Más digo,» Ascanio interrumpiendo exclama;  
 «Por los Lares de Asáraco, y el fuego  
 De Vesta inextinguible, y cuantos ama  
 Grandes Dioses mi casa, Niso, os ruego  
 Volvais el padre al hijo que lo llama,  
 Que se cuenta sin él perdido y ciego:  
 Mis esperanzas y el destino mío  
 Yo en vuestros pechos sin reserva fio.

## LV.

«Venga él, y en gozos trocará lamentos,  
 Y el hado amansará que nos maltrata.  
 Dos vasos de abultados ornamentos,  
 Que él ya ganó en Arisba, obra de plata,  
 Dos trípodes también, y dos talentos  
 Grandes de oro, os dará mi mano grata;  
 Ni añadir una antigua taza olvido  
 Que recibí de la sidonia Dido.

## LVI.

«Que si el hado me otorga que conquiste  
 El itálico suelo, y se sortea  
 Espléndido botín, óyeme: ¿viste  
 El caballo en que Turno gallardea  
 Y las doradas armas que se viste?  
 Tuyo el caballo con las armas sea,  
 Exentos, Niso, del comun despojo;  
 Tuyo el escudo y el penacho rojo.

## LVII.

«Que añadirá mi padre á dones tales  
 Doce hermosas esclavas, adivino;  
 Luégo, doce cautivos, con marciales  
 Arreos cada cual; y de Latino,  
 En fin, los predios rústicos reales.  
 En cuanto á tí, mancebo peregrino,  
 A quien mi edad sigue el alcance, lazos  
 Anudando de amor te doy mis brazos;

## LVIII.

«Mi corazón te doy, y te recibo  
 Desde aquí por perpetuo compañero:  
 De hoy más, sin tí gozosas no concibo  
 Glorias, que dividir contigo quiero.  
 Ya el laurel me corone ó ya el olivo,  
 En todas ocasiones tú el primero  
 Amigo, á quien el alma nada esconde,  
 Mío serás!» Eurialo responde:

## LIX.

«Nunca, nunca será que yo desdiga  
 De este animoso arranque; así la suerte  
 Amiga se presente... ¡ó enemiga!  
 Mas qué ante todo premio pido, advierte:  
 Tengo una madre, de la stirpe antiga  
 De Príamo, á quien no razon tan fuerte,  
 Ni patrio sol, ni regio hospicio, nada  
 Hubo que de seguirme la disuada.

## LX.

»Yo parto sin hablarla; ella, ¡ay! no sabe  
Cuántos riesgos el hijo desafia!  
Por la noche y tu diestra! que no cabe  
En mí á su llanto resistencia impía;  
Venciérame. Consuelo tú süave  
Sé, y arrimo, á la pobre madre mía!  
Si en tí fincar esta esperanza puedo,  
Iré al peligro con mayor denuedo.»

## LXI.

Con lágrimas responden de ternura  
Los Troyanos presentes. Renovado  
El recuerdo del padre, Ascanio apura  
Su afecto en él; y el rostro hermoseado  
Con llanto, dice: «En esta ardua aventura,  
Euríalo, no temas resultado  
Que á tan glorioso acometer no cuadre;  
Sí, tu madre también será mi madre.

## LXII.

»Llamárase Creusa, y madre fuera  
Mía del todo: en cambio es madre tuya,  
No pequeño renombre. Comoquiera  
Que esta empresa magnánima concluya,  
(Júrolo por mi vida, á la manera  
Que ántes mi padre), ó ya te restituya,  
Ó no, próspera suerte, honra no escasa  
Siempre daré á tu madre y á tu casa.»

## LXIII.

Dice Ascanio llorando, y desanuda  
Del hombro al punto una dorada espada,  
No de su vaina de marfil desnuda,  
De Licaon cretense obra extremada:  
Una, de leon despojos, piel velluda  
Mnesteo á Niso da: con él celada  
Permuta Alétes. De metal cubiertos  
Marchan los dos, con hados ¡ay! inciertos.

## LXIV.

Los siguen los caudillos principales  
Hasta las puertas, jóvenes y ancianos  
Con votos y plegarias. Bríos tales  
Ascanio ostenta y pensamientos canos  
No ya cual de su edad; y mil filiales  
Mensajes encomienda: ¡intentos vanos!  
Las fugaces palabras recogian  
Vientos que á sordas nubes las confían.

## LXV.

Salen, pues, y los fosos ya salvados,  
Envueltos en la sombra, la carrera  
Encaminan á campos malhadados  
En que á muchos la muerte ántes espéra:  
Ven rendidos á trechos los soldados  
Y los carros en alto en la ribera;  
Entre armas, ruedas, bridas, vino y todo  
Mudo yace el ejército beodo.

## LXVI

Habló el hijo de Hirtaco primero:  
«¡Eurialo! osar mucho importa ahora;  
Propicia es la ocasión, y éste el sendero.  
Tú, no se alce tal vez mano traidora  
A hacernos por la espalda un desafuero,  
Ten alerta la vista indagadora;  
Que yo dando la tala en torno mio  
Por ancha brecha conducirte fio.»

## LXVII.

Dice, y hace silencio, y á Ramnete  
Que en su alta tienda y cama entapizada  
Daba roncós bufidos, arremete  
Con brazo firme y con desnuda espada.  
Rey á un tiempo y augur, á quien somete  
El rey Turno sus dudas, fué; mas nada  
Valieron artes al dormido mago  
Contra el poder de un invisible amago.

## LXVIII.

Á tres pajes que entre armas, mezcla ciega,  
Yacen, y al escudero y al auriga  
De Remo, al pié de sus caballos, llega  
Y las flojas cabezas les desliga  
A hierro; al amo, en pos, el cuello siega,  
Y el tronco deja que abortando siga  
Raudales: de cadáveres sembrada  
En cálido cruor la tierra náda.

## LXIX.

Y á Lamo oprime, á Lámiro, á Serrano,  
Mozo éste de gentil fisonomía  
Que hasta tarde despierto estuvo, en vano,  
Con el mucho jugar; ya en fin dormía  
Puesto en brazos de un sueño asaz temprano,  
Con el mucho beber. ¡Feliz si al día  
Aguardase! si, hurtándose al sosiego,  
Igualara la noche con el juego!

## LXX.

Como leon que, en el furor agudo  
De hambre voraz, entre el rebaño vaga  
Tierno de carnes y en su espanto mudo,  
Que hinche el aprisco, y ya le aferra y traga;  
Brama su boca ensangrentada: crudo  
Así Niso se ceba: irle á la zaga  
Eurialo no quiere, y muertes hace  
En la ignorada grey que en torno yace.

## LXXI.

Él á Ábaris y á Fado asalto fiero  
Y á Herbeso y Reto dió: Reto, que en vela  
Todo viéndolo está; medroso empero  
Tras una jarra enorme el bulto cela:  
En su pecho, al erguirse, entra el acero  
Que, sacado, mortal caso revela:  
Vierte el triste la vida, y sangre y vino;  
Y el nocturno agresor se abre camino.

## LXXII.

Ya al cuartel de Mesapo va, do espira  
 Sin pábulo la lumbré: allí la hierba  
 Paciéndolo atados los bridones mira.  
 Niso en breves palabras (pues observa  
 Cuán léjos va llevándolos la ira  
 Que matando se enciende y exacerba)  
 Dijo: «La odiosa luz próxima advierto:  
 No más sangre; ancha senda hemos abierto.»

## LXXIII.

Mucha arma allí, mucha maciza plata,  
 Mucho vaso y riquísimo tapete  
 Abandonan. Euríalo arrebatá  
 Para sí de Mesapo el justo almete,  
 Que al viento plumas de color desata;  
 Después que los galones de Ramnete  
 Y el cinto, que áureos clavos ornamentan,  
 Alzó: en vano sus hombros los sustentan!

## LXXIV.

(De Cédico opulento éstas un día  
 Galas fueron; el cual al tiburtino  
 Rémuló como prenda las envía  
 De alma hospitalidad y afecto fino:  
 En legado, al morir, éste las fia  
 Al nieto, y con su muerte, en guerra, vino  
 A manos de los Rútulos la rica  
 Herencia, y al más fuerte se adjudica).

## LXXV.

Salen ambos del campo, y ya por vía  
 Segura echan á andar. En tal momento  
 Respuestas para Turno conducía  
 Parte de una legion: tres veces ciento  
 Jinetes son;—atras la infantería  
 A marchar se apercibe:—de Laurento  
 Salieron adelante, y á su frente  
 Va, con broquel cual los demas, Volcente.

## LXXVI.

Llegan ya al campo y muro, cuando aquellos  
 Bultos miran que á izquierda mano tienden.  
 El yelmo de Mesapo dá destellos  
 Que entre el nocturno clarear ofenden  
 La vista á quien observe: huyes, mas ellos,  
 Desmemoriado Euríalo, te venden!  
 «No equívoca vision mi mente inflama,»  
 De en medio del tropel Volcente clama.

## LXXVII.

Y «¡Alto!» intima: «¿quién sois? decid; ¿de dónde  
 Ó á dónde os dirigis? ¿Á qué bandera  
 Adscritos militais?» Nadie responde:  
 Uno y otro á los bosques acelera  
 El paso, y á la noche, que le esconde,  
 Fiado huyendo va. Sin más espera  
 Cierran al bosque entradas y retretes  
 En alas desplegadas los jinetes.